

la emancipación había conferido el título excepcional de General de la Guardia cívica, crecía sobre toda medida. Adorado por la multitud; apoyado por las clases superiores de la sociedad, los destinos de Campeche estaban en sus manos. Empero, la envidia artera, la celosa ambición y la torva ingratitud se unieron en la sombra y le armaron asechanzas: un motín á lo Catilina estalló en su contra, mas se resistió á anonadarlo. Repugnando que una sóla gota de sangre corriera por cuestiones de personalismo, antes prefirió sacrificar su individualidad, resignar todos los poderes que investía, deponer sus más caras afecciones, rechazar las tentaciones con que sus numerosos y decididos partidarios le convidaban, á fin de que la anarquía no brotara en tierra campechana, sino que su poder público se cimentara para la salud común. Así dejó libre campo á los que aspiraban á dominar sin émulos. Ejemplo de tan heroica abnegación, de tan excepcional desinterés, no salvó á Baranda de la mala voluntad de aquellos á quienes aplastaba su talón. Su presencia sola significaba por sí terrible antagonismo. Comenzó á ser un embarazo, y de embarazo llegó á convertirse en malestar público, en amenaza de disturbios intestinos. Semejante problema ofrecía únicamente dos soluciones: ó el derrumbamiento de los contrarios ó la desaparición de la escena. No había temor de lo primero, sabíanlo sus contrarios. Quien había rehusado prevalerse de su prestigio y valimiento para adueñarse del poder; quien, por el contrario, habíase despojado de grado de sus investiduras públicas, para no dar pretexto á disidencias perniciosas, ese no habría de ser quien acaudillara una facción. El otro extremo impo-

niase, pues, á su conciencia, y por él optó. Con la entereza, si no mayor, del héroe ateniense, condeñose al ostracismo, y salió de aquella tierra que era como su propia hechura, amargado el corazón; mas lleno de la esperanza de que llegarían para él días de justicia.

Entretanto, la triple alianza había arribado á nuestras playas con sus ideas ocultas de conquista. Baranda por entonces habíase acogido á tierra de Tabasco, atisbando la ocasión primera de ser útil á la causa nacional. Hallábase en Jonuta, como si algo esperara del otro lado de nuestras fronteras. De la Isla del Carmen, guarida de aventureros hambrientos de rapiña, zarpó una expedición que logró apoderarse de Palizada. El éxito convidó á tentar mayor fortuna y la emprendió sobre Jonuta, guardada por un destacamento de cívicos tabaspneños, á las órdenes del Mayor Francisco Vidaña. Nuestros nacionales salieron al encuentro de los aliados del pequeño Napoleón; Baranda voló á confundirse con los nuestros; en él resignó Vidaña la dirección de aquel encuentro, y el campeón campechano enseñólo, no á ser valiente, que de nadie había menester lecciones de valor, sino á vencer á los enemigos de la República.

Después de San Joaquín, la situación de Baranda quedó definida. Su puesto de combate estaba entre los republicanos tabasqueños.

Lo recordais? Los hados se nos torcían. El vencedor del 5 de Mayo había sucumbido en su lecho de laureles. La alevosía napoleónica reforzada, cercaba á Puebla, y la facción reaccionaria llevábale día á día nuevos contingentes. El Grijalva, indiferente á los destinos del suelo por él fecundado, prestó sus lomos á las enemigas naves,

y esta nuestra simpática Villa-Hermosa, después de una defensa infortunada, cayó en poder de un centenar de desalmados que hicieron botín de guerra de su fácil conquista. Aunque desprovisto de carácter oficial, lo mismo que en San Joaquín, el patriota campechano acudió al peligro, asistiendo al combate librado en estas calles, que fué de los últimos en abandonar. Desde aquel punto ya no se apartó de nuestros maltrechos estandartes. Siguiólos en su retirada á Cunduacán; allí ayudó á levantar el decaído espíritu de nuestros soldados; con ellos vino al malogrado intento del recobro de nuestra capital, y no salió de las tierras de Tabasco, sino cuando adquirió la convicción de que por el momento no era dable realizar aquí obra importante en la defensa de la Patria.

Se abre aquí, Señores, el período en que los méritos del esclarecido hijo de Campeche llegaron al colmo. Sólo, sin recursos pecuniarios, atravesando lugares desconocidos, algunos aun no revelados á la geografía, sin otra recomendación que la que le ganaba su prestancia personal, fué de Estado en Estado, de pueblo en pueblo, buscando donde hacer pié para combatir á los usurpadores de nuestros derechos. He dicho mal, Señores; no iba sólo: llevaba el alma henchida de dos fees: alentaba la fe de que la Patria alcanzaría victoria definitiva sobre sus enemigos; alentaba la fe de que el caudillo de la Constitución y de la Reforma, realizaría los milagros que el patriotismo le pidiera, que aquella alma inquebrantable había sido creada para la epopeya.

En nuestras fronteras de Occidente, allí en esa Costa de Sotavento de Veracruz, en medio de esos caracteres francos y resueltos, ardientes como

el sol que caldea sus campos, generosos como el fecundo suelo que los sustenta, allí el patriota Baranda halló término á su Odisea.

Al Bayardo de la lealtad, el General D. Alejandro García, había tocado en suerte organizar en aquellas comarcas la resistencia á la invasión extranjera. Tradiciones de común afecto ligaban íntimamente á los dos ilustres campechanos, de modo que á su inesperado encuentro en las riberas del Papaloapan, desde el primer instante, compenetrados de una misma idea y de un mismo sentimiento, fueron como un sólo individuo cien veces multiplicado.

Fecunda por demás fué para la causa nacional la conjunción de aquellos dos nobles espíritus, que inteligentemente secundados por otro distinguido patriota veracruzano, hicieron de la Costa de Sotavento poderoso núcleo de resistencia á la usurpación napoleonesa.

Mas los hados aun no se aplacaban. El indómito caudillo de Oriente, astro desplomado de su trono de rayos, caía en hora menguada bajo la cautividad de los invasores, perdiéndose en un solo instante los inmensos elementos de guerra que su inagotable inspiración, su actividad sin ejemplo y su previsoría estrategia habían venido acumulando en la ciudad de Oaxaca, después de la rendición de Puebla.

Hay angustias que no se conciben; que pueden sólo sentirse bajo el influjo de las circunstancias que las ocasionan. Tales las que affigieron al espíritu patriótico en estas regiones de Oriente, al saberse la desoladora nueva de la caída de Oaxaca y de su legendario adalid en poder de los conquistadores. Los pueblos de Sotavento, los de Chiapas

y de Tabasco, roto aquel formidable antemural, quedaban como dispersos, sin cohesión, aturdidos del golpe inesperado, sin otro prospecto que el de una lucha desventajosa, que sólo prometía el perecimiento. Soldar la unidad quebrantada, establecer un centro de autoridad, dar una común jefatura á los pueblos abandonados, era el secreto único de restaurar la moral en los ánimos decaídos, de vigorizar la resistencia, de dar probabilidades de éxito á la lucha, y de ese pensamiento fué Baranda el iniciador, el apóstol y el ejecutor, que vino á traerlo á Tabasco y á proponerlo á Chiapas, por quienes fué acogido como promesa de salvación. Ese pensamiento fué el de la coalición de Oriente constituida por los Estados de Veracruz, Tabasco y Chiapas, que ligados en destino común, establecieron una confederación de guerra, bajo la suprema autoridad del benemérito General García. Acontecimiento fué ese que, produciendo saludable reacción en el espíritu público, comunicó nuevos alientos para combatir contra los enemigos de nuestra independencia.

No bastaba, empero, aquel milagro. No bastaba que los veracruzanos todos, que todos los tabasqueños, que Chiapas en masa estuvieran prontos al combate. La guerra no se hace sólo con hombres; los hombres necesitan armas y las armas municiones. ¿Dónde obtenerlas? A nuestra espalda teníamos á un Estado enemigo, dominado por un gobierno que representaba la fórmula neta del retroceso. Por allí nada podíamos esperar. Al Occidente imperaban, formándonos cerco de hierro, las armas de la intervención, y al extremo Oriente, la península de Yucatán, jurada al Hapsburgo, copiosamente pertrechada, alargá-

base como colosal brazo de acero pronto á agarrarnos. Nuestro golfo ya no era nuestro: los cruceros de la escuadra francesa imperaban en él, bloqueando nuestras costas con avizora vigilancia. Pero era necesario cruzarlo, era necesario ir á procurarse de nuestros vecinos, también comprometidos en lucha desastrosa, las armas, los pertrechos de guerra que el ardimiento de nuestros hermanos reclamaba, y fué el intrépido Baranda quien osó tamaña empresa.

Pudimos decir entonces con acierto que la fortuna protege á los audaces. Poco tiempo después, el atrevido comisionado, sorteando mil peligros, forzaba el bloqueo é introducía por Coatzacoalco un valioso cargamento de guerra.

La buena estrella de México lucía, por fin, en nuestro encapotado cielo. Los defensores de la independencia y de la República se multiplicaban por todas partes. La sangre mexicana vertida en patíbulos y campos de batalla, había sido prolífica, y de ella germinaba compacta muchedumbre de patriotas. Vientos de derrota batían á las oriflamas imperiales; en tanto que los estandartes republicanos flameaban victoriosos en las altas cimas, en los hondos valles, en la escampada llanura, sobre los muros de las ciudades, y el epónimo Juárez emprendía aquella marcha triunfal, larga cuanto gloriosa, que iba á conducirle de la margen del Bravo al Palacio nacional.

Algunos centros dominados por el imperio aun resistían con obstinación. Entre ellos contábase á la ilustre cuna de Gutiérrez Zamora. El pueblo veracruzano, que no había economizado sacrificio por la causa de la Nación, reclamaba el recobro de su capital, y aunque árduo designio

fuera realizarlo, era forzoso acometerlo. El cuartel general de Oriente encomendó la empresa á un cuerpo de tropas especialmente organizado y en él tocó á Baranda el distinguido cargo de Mayor General. Y los imperialistas de Veracruz, impotentes para resistir al embate de los sitiadores, rindieron las armas.

Tal fué, Señores, el broche de oro con que D. Pedro Baranda cerró sus servicios á la causa de nuestra independencia. Tantos merecimientos clamaban por recompensa, y no las escaseó la República á su digno hijo. Fué encomendado el gobierno de tres cantones veracruzanos, y en esa jefatura recibió la efectividad de General de Brigada del Ejército nacional.

Batallar con acierto suele ser menos árduo que gobernar con tino, y el General Baranda demostró en la administración de los tres cantones que tan apto era para dirigir una campaña, como para regir los destinos de una sociedad; y no fué honor pequeño el que la más distinguida de Orizaba, tan adicta al imperio, confundiera sus votos con los de la numerosa porción republicana para tributar de consuno homenajes de aplauso y de gratitud al entendido gobernante.

Reivindicada la Patria, era ley de conciencia devolverle sus instituciones públicas por el restablecimiento de los poderes en que la carta de 57 resumió la soberanía nacional.

El Padre de nuestra segunda independencia, que amaba esas instituciones con la sinceridad de un idealista, apenas reinstalado en la capital de la República convocó al pueblo á la elección de sus mandatarios. El Congreso que iba á reunirse iba á tener la importancia de un Reconstituyente,

y la salud pública reclamaba fuera integrado de ciudadanos en quienes al patriotismo acendrado se aunaran las convicciones liberales, la sana cultura y los talentos. Y el 4º Congreso brilló y brillará en nuestra historia como alborada gloriosa, que en él tomó asiento cuanto México poseía de viril, de levantado, de útil y fecundo. En aquel areópago político halló su puesto el General Baranda, y en él hizo su aparición aquel tierno hermano encomendado á sus desvelos, para ser ornamento de nuestra tribuna parlamentaria, modelo de gobernantes luego, y por último, aventajado estadista.

Los poderes nacionales continuaron honrando los merecimientos del eminente hijo de Campeche. Probadas sus altas dotes administrativas, al consagrarse á la memoria del Padre de la Patria, Morelos, la porción del territorio nacional que había ilustrado con sus mayores hazañas, elevándola á la categoría de Estado de la Unión, fué al General Baranda á quien se adjudicó el honor de ir á constituirlo. El fundador del Estado de Morelos no desmintió la acertada elección del insigne Juárez y del 4º Congreso, y al transmitir el poder omnímodo que había ejercido á su constitucional sucesor, tuvo la satisfacción inmensa de que la 1ª Legislatura del naciente Estado declarara "que el nombre del C. General Pedro Baranda, quedaba gloriosamente asociado al del invicto héroe de Cuautla."

Tantos homenajes eran para embriagar á un espíritu menos levantado que el de aquel hombre que ejecutaba las cosas más altas con la mayor llaneza.

Son de ayer, Señores, los acontecimientos en

que el General Baranda siguió figurando. La generación presente ha sido testigo de los hechos por él consumados de veinte años atrás, y fuera de más recordarlos. Lejos de que el tiempo y el uso lo empequeñecieran, su talla continuó creciendo. Sincero admirador del Presidente Juárez, fué adicto con el ardoroso entusiasmo en que él como pocos se inflamaba. Para él Juárez era un símbolo; mas un símbolo racional que se imponía á las conciencias, y acatábalo, por eso, y secundaba sus actos políticos, no fanático, pero lleno de convicción.

En aquellos parlamentos en que, como en nuestros estíos tropicales, cada día se desataba una tempestad; en que el Gobierno vivía de la cotidiana lucha y del triunfo alcanzado en cada debate; en aquellos parlamentos en que las pasiones políticas rugían como el antro del volcán amenazante; en que á la votación ganada por el Gobierno, respondía allá afuera el grito de sublevación y el estruendo del cañón revolucionario, Baranda sonriente, arrellanado en su curul, rodeado de amigos y hasta de admiradores, aniquilaba con alguna frase humorística, del aticismo más puro, el efecto del discurso más virulento. Y votaba con el gobierno, es decir, por Juárez; y él, que no era orador, arrastraba con su voto el de no pocos indecisos, como acertadamente ha dicho uno de sus panegiristas.

Juárez murió; mas su autoridad quedó viviente y con ella el respeto á la magestad de la Ley Suprema del país. Sus partidarios tenían derecho á dolerse de tamaña desgracia, no á desconocer el culto que Juárez mismo les había enseñado. Fue-

ra de la Constitución, no había partidarios de Juárez posibles.

La institución del Senado llamó á sus escaños al ameritado Baranda, y en él, consecuente, hasta el rigorismo de la lógica más ruda, con las opiniones que siempre había sustentado, con sus tradiciones de constitucionalista, con su adhesión al credo de la Reforma, y con la convicción de que fuera del orden, el partido liberal sólo hallaría su desprestigio, ayudó al gobierno en la medida de lo justo. Empero, aquel gobierno no tenía condiciones de vida. El hombre extraordinario que lo presidía, llevaba la cabeza demasiado elevada para poder sentir lo que abajo se movía. A semejanza de la estatua colosal que soñara el Gran Rey, aquel gobierno, si de bronce la cabeza, tenía de barro los pies.

Estalló la rebelión. El adalid llamado á organizarla y regirla contaba con numerosísimos y resueltos partidarios en todos los Estados de la República y de ahí que al mes de iniciada, hubiera cundido por toda la extensión del país. El pueblo tabasqueño que amaba á aquel adalid con cariño rayano en culto, se alzó en masa para proclamarlo, encabezado por sus más valerosos guerreros. Necesario era combatir el levantamiento en todas partes, pero esa necesidad se hacía ingentísima en las costas del Golfo, en contacto activo y directo con las naciones extranjeras. Tabasco entero habíase acojido al estandarte de la revolución, y para ser recobrado demandaba una expedición formal. Por esa vez, y acaso sólo por esa, el gobierno tuvo la sana inspiración de no fiar exclusivamente al poder de las armas el éxito de sus miras, y la expedición sobre Tabasco fué encomenda-

da á la pericia y tacto del General Baranda, quien, en esta tierra que le conocía y estimaba, tuvo únicamente que pugnar con la resistencia armada de la revolución, no contra enemigas prevenciones.

Los insurrectos tabasqueños combatieron con bizarría; empero, tras rudos encuentros, tuvieron que abandonar el campo á las armas del gobierno. Dueño de la situación el General Baranda, proveyó como él sabía á la reorganización de los servicios administrativos; impartió garantías á todos los intereses sociales, y sin dar tiempo á los rebeldes de concertarse de nuevo, cuidó de hacer sensible en la extensión del Estado la asistencia del poder público. Desbaratados los planes de los insurrectos, ya no inquietaron al vencedor ni intentaron siquiera recobrar el terreno perdido.

Fuera de la sangre vertida en los combates, no hubo madre tabasqueña á quien enlutara la dominación del General Baranda; más todavía, no hubo una sola boca que pudiera formular queja justificada contra el ilustre patricio. Y aquella templanza en el gobernar y aquella moderación en el vencer y aquel tino en no lastimar ni aun las susceptibilidades de bandería, captáronle el respeto de todos, ganándose amistades sincerísimas hasta en las filas de sus contrarios mismos.

No fué, por eso, extraño que cuando la revolución victoriosa imperaba en los Estados más populosos, Tabasco y Campeche continuaran todavía regidos por el gobierno derrocado, semejando esto á la insigne hazaña de aquel aun más insigne Mariscal de Francia que acorralado por los ejércitos de la coalición, siguió sosteniendo en alto la bandera de los tres colores cuando su empera-

dor llevaba tiempo de confinado en Elba, y de ondear sobre las Tullerías el pabellón de los Borbones.

Hay para el soldado, Señores, una virtud cardinal: la fidelidad, y en pocos corazones como en el del General Baranda halló más hondas raíces esa virtud.

Saber quedar caído es probar que se alientan convicciones, y él supo mantenerse eliminado de la escena política luego que por la incontrastable fuerza de los acontecimientos desapareció lo que como soldado había defendido; y no volvió á las agitaciones de la vida pública, sino cuando ya no fué permitido dudar que la nación había impreso el sello de su voluntad soberana en el nuevo orden establecido.

Limpia la honra y libre de reproche, fué lógico que su reingreso á la política militante le proporcionara las más señaladas muestras de distinción y confianza, llegando á ser una de las personalidades de más alta consideración en los asuntos de gobierno.

Señal de distinción y de confianza singular fué haberle encomendado el Presidente de la Unión la jefatura de la estensa 11ª Zona militar, compuesta de los tres Estados marítimos que forman este extremo oriental de la República.

Excepcional es, en verdad, la situación de esta Zona. Casi segregada del resto de la Nación, reclama de los poderes federales una asistencia especial, y nadie más apto para impartirla que el generoso soldado en quien concurrían equiparadas las dotes políticas y militares más relevantes.

Así lo demostró, para bien de los tabasqueños,

á los comienzos de su jefatura. Desatadas las pasiones políticas en esta nuestra carísima tierra; desconcertada la administración pública; amenazada nuestra sociedad de espantoso desquiciamiento, tocó al Jefe de la 11.^a Zona venir á poner orden y paz entre nosotros; á restaurar el prestigio de la autoridad, más que desconocido, burlado; á reconstituir lo que la anarquía había disuelto, y por obra tan compleja como trascendental, debémosle gratitud inacabable los hijos de este suelo. No que él procediera por igual amor á todos los tabasqueños; hombre era y pasiones humanas le movían. Aparte de que en Tabasco amaba lo que en él había encontrado de patriotismo en días de cruenta prueba, que no fué poco; aparte de que amaba nuestra ruda franqueza y la sinceridad de nuestros extravíos mismos, sentíase atraído hácia aquellas de nuestras agrupaciones políticas en quien consideraba vinculadas las más genuinas aspiraciones del partido liberal. Y justamente su gran mérito, su mérito indiscutible de hombre de Estado, estriba en que sus personales simpatías no fueron parte, y si lo fueron, en grado poco perceptible, á dar solución á las gravísimas dificultades políticas con que aquí se luchaba. No fué, pues, no pudo ser apasionada aclamación de una bandera la que en la Legislatura de 1884 resonó, por la voz del Diputado Ghigliazza, pidiendo para el eminente General Baranda la declaración de Ciudadano distinguido del Estado; no fué, no pudo ser aplauso de parciales, la ley que tal iniciativa sancionara; como no fué, ni pudo ser homenaje de adulación el que la Legislatura de Campeche adjudicara el glorioso título de Benemérito, al ciudadano que con su bravura y su pericia diera auto-

nomía al pueblo campechano. Si así no fuera, la virtud sería facciosa.

No hubo campo, Señores, en que la sabiduría del Gobierno federal no utilizara las aptitudes de nuestro encomiado repúblico. Más de una delicadísima misión fué confiada á su prudencia. Dos años hace hoy apenas que efectuó aquel viaje de exploración á las costas orientales de Yucatán, á bordo de la cañonera "Independencia," que lo puso en la necesidad de visitar la colonia de Belice. El 18 de Julio de 1889, día del mayor de nuestros duelos, penetró en las aguas de aquel puerto, no con la bandera al tope, no haciendo ejecutar á nuestros cañones el saludo de cortesía internacional, sino aquella caída á media asta y mudos los costados del "Independencia." Así cumplía á los fueros de la integridad de la Patria



Os he cansado, Señores, y yo mismo no puedo más; pero cuando hay una sola oportunidad de decirlo todo, todo debe decirse esa vez, siquiera á riesgo de hacerse imposible.

¿Por qué, preguntareis, el que nació Pedro Sainz de Baranda, no fué andando los tiempos sino Pedro Baranda, á secas? Glorioso era su patronímico, y ¿quién renunciaba á un nombre glorioso? ¿Justificaríalo la profesión de credo distinto? No, que el vencedor de Ulúa fué liberal y republicano como los mayores de su época. Y aun cuando no lo hubiera sido, había nobleza de sobra en el alma del hijo, para que hubiera podido tener en menos el nombre de sus mayores por discordancias políticas ó religiosas. Era que el nombre